

OTRO SAGASTA, ...Y SIN ACRITUD

José Luis Gómez Urdáñez

Los estudiantes de historia deben de estar perplejos. Cuando estudian el siglo XIX español todo es caciquismo y oligarquía, elecciones amañadas, escándalos financieros, hipocresía generalizada ante el “problema religioso”, vergüenzas nacionales que se suelen exponer conservando anonimatos, o como mucho, mencionando los nombres de los sicarios o de los torpes que se dejaron pillar. Los respetables, los Cánovas y los Sagastas, los Alfonsos y las Isabelonas, quedan siempre tras la cortina, posando ya para el futuro busto en que les convertirá la historia. Diríase que el XIX español es el siglo del caciquismo, pero no el de los caciques, o el siglo de la oligarquía, pero sin oligarcas.

Escrita así la única historia que puede ser divulgada, la *historia subvencionada*, el Sagasta recién conmemorado, que obviamente está en los infiernos, se tronchará de risa al ver cómo sus paisanos han querido llevarle al cielo (un sitio inhóspito lleno de frailes y vírgenes, pensaría el gran pagano); pero, seguramente, se habrá dado cuenta ya nuestro ilustre socarrón camerano de que cuanto más se va sabiendo sobre su vida real peor cara ponen los que se hicieron –demasiado deprisa– la foto junto a él. Y es que en los tiempos que corren en esta Rioja del comisariado cultural, se les ha colado en palacio nada menos que el impresentable Sagasta, un masón, un rojo, un adúltero, un irreverente, todo eso y algo aún peor y más peligroso: un tipo listísimo, de izquierdas, y encima guasón. Los que le propusieron como modelo de la democracia vigente ya no saben qué hacer con él.

El marrullero de Torrecilla fue genial, pero en su tiempo. Veleidoso y escéptico, podía decir hoy una cosa y mañana la contraria, y seguir en el sillón; prometía defender la libertad de cultos en brillantes discursos laicistas, pero daba dinero al cabildo de La Redonda, con cuyos curas mantenían muy buenas relaciones, él y toda su familia (igual que con los de Zamora). Era tan pillo que, siendo masón y Gran Maestro, justificó su fe en pleno hemicycleo, entre las carcajadas de sus oponentes, diciendo que no sabía que la masonería fuera mala y que el Papa la hubiera prohibido. El gran anticlerical defendió el catolicismo, sí, cuando hizo falta, y al propio Cristo, al que presentó como revolucionario y demócrata; y llegó al poder por la revolución y prometiendo democracia, pero no dudó en coger el garrote como ministro de gobernación y apalea a todo el que representara un peligro para su “libertad con orden”.

Cuando se zafó al fin de competidores en el progresismo pactó con Cánovas; prefirió entenderse con los conservadores antes que hablar con la izquierda, a la que machacó. Por esa habilidad personal para colocarse en el mejor sitio, siempre tuvo cargo ...y cargos, pues sus “feudos” eran gobernados por familiares y creaturas, que amañaban las elecciones una tras otra. A veces, la contrapartida del pucherazo era, por ejemplo, un puente o una fábrica de tabacos, lo que todavía hoy los logroñeses siguen agradeciendo a su sobrino Amós Salvador – seis veces ministro– y al propio Sagasta, que se alza –el gran cínico– con el título de instaurador del sufragio universal.

Para dudoso desconsuelo de sus hagiógrafos locales, Sagasta nunca creyó en la democracia. La sociedad española le parecía inmadura, y no podía aceptar que todos los votos valieran lo mismo. Pero en realidad, le daba igual, pues no creyó ni en las urnas censitarias: los gobiernos se hacían en Madrid, al margen del resultado electoral, y él estaba en Madrid, en los centros neurálgicos, bienquisto con todos, negociando con todos y ...de todo, de destinos y de contratas, de ferrocarriles y ...de esclavos. El gran defensor de la abolición de la esclavitud – una máxima sagrada del progresismo– acabó aceptando los turbios negocios de algún amigo negrero que se estaba forrando en Cuba.

Creyente en el viejo lema kantiano del progreso permanente, fue liberal y revolucionario cuando se enfrentó a la realidad impuesta por el cerril conservadurismo español, pero acabó en sus brazos cuando comprendió que si tocaba un ápice los privilegios de esa clase mezquina y rencorosa, eran capaces de acabar con todo, a bastonazos, con las urnas, o a cañonazos, hasta con la propia monarquía. Al menos –pensó el ingeniero desde la presidencia del gobierno–, que haya puentes, carreteras, progreso en España. Próximo el momento de la muerte, Sagasta añoraba lo que nunca habían tenido los españoles: unos reyes respetuosos y tolerantes. A ese ligero picorcillo quedó reducido el colosal ardor revolucionario de nuestro León de Los Cameros.

Aunque el gobierno de La Rioja y sus subvencionados se han comido los turrónes antes de Navidad –el centenario se acaba de cumplir en enero y llevamos ya dos años de conmemoraciones– aún quedará algo que hacer con el Viejo Pastor (por ejemplo, exportar la extraordinaria exposición de los periodistas y difundir el extra de El Péndulo, del sagastino Roberto Iglesias). Y desde luego, lo más urgente: impedir que los estudiantes de historia sigan pensando que en España hubo alguna vez caciquismo sin caciques y oligarquía sin oligarcas.